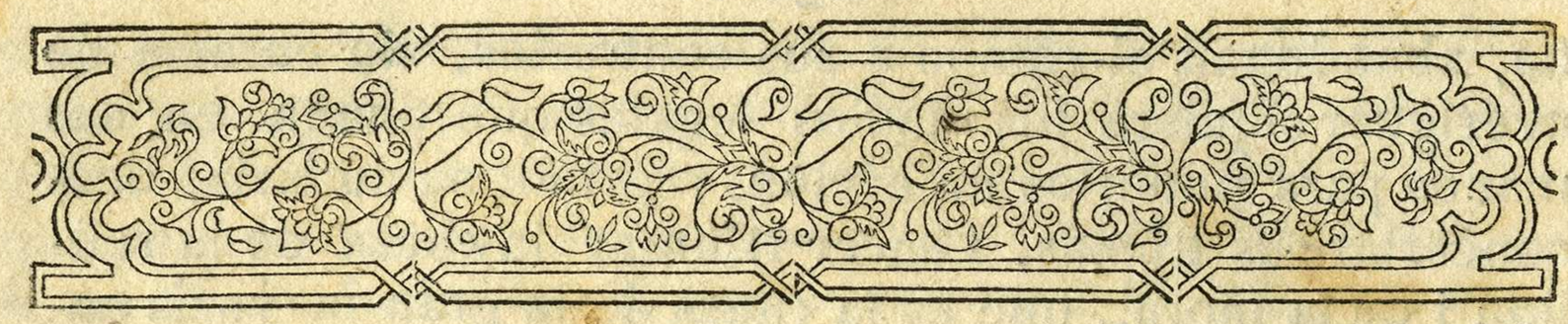

DEBERES DE LOS CATOLICOS

EN LAS

PROXIMAS ELECCIONES.

Los escritores públicos representantes del principio relijioso i moral, en las épocas eleccionarias mas que nunca, tienen el deber de recordar a los católicos cuales sean los suyos i cómo han de desempeñarlos. Así se ha practicado con buen suceso en Francia. Allí la prensa católica excita en estas épocas a los hombres relijiosos a que tomen parte activa en las elecciones para que la causa del catolicismo i de la moral triunfe de los ataques solapados o descubiertos de los falsos liberales, de los sectarios del filosofismo. Una lucha semejante se ha trabado de tiempos atras en la Nueva Granada; lucha en que, con dolor tenemos que confesarlo, cada dia va ganando terreno el partido filosófico a espensas del catolicismo, i con mayor pena debemos confesar que la causa de tales triunfos no debe buscarse en otra parte que en la cobardía, descuido e indeferencia de los católicos, que, sumidos en vergonzosa apa-

tía, abandonan el campo a sus contrarios, sin curarse de averiguar siquiera los medios legales que tienen en sus manos para ponerlos en accion, reprimir su audacia, desconcertar sus tramas, i hacer triunfar la causa de la relijion i de la moral, que es la causa de la gran mayoría nacional. Puede asegurarse que apenas la centécima parte de la poblacion de la República es la que se ha contajiado con los errores de la escuela filosófica i la que se halla en pugna abierta con los noventa i nueve centécimos restantes de poblacion. ¿Cómo es, pues, que en un pais donde se ha consagrado el principio de que la lei es la expresion de la voluntad de la mayoría, se expiden leyes que solo expresan el querer de una minoría audáz en abierta oposicion a la voluntad de la mayoría? Lo repetimos: la causa es la indolencia i descuido de los católicos, que se contentan con exhalar amargas quejas por la pérdida de la relijion, con criticar i censurar a sus contrarios; pero sin obrar; sin poner en accion los recursos que les ofrecen las leyes. A fin, pues, de sacarlos de su letargo, siguiendo el ejemplo i valiéndonos de los mismos pensamientos de los escritores franceses, nos proponemos manifestar: 1.º Cuales son nuestros deberes político-relijiosos. 2.º Cómo los hemos cumplido hasta ahora; i 3.º Cómo los debemos cumplir en adelante.

I

Deberes relijioso-políticos de los católicos.

Cuando se cita el texto tantas veces i tan absurdamente invocado contra la Iglesia: *dad al César lo que es del César*, no se comprende quien es hoi el *César* del Evanjelio.

En la Nueva Granada la soberanía no reside ni en el Poder Ejecutivo, ni en el Congreso, sino en la Nacion; luego la Nacion es *Cesar*, cada ciudadano es una porcion de ese *César* i se debe a sus derechos el mismo respeto que a los del *César*. En una palabra, *César* es el Estado, i el Estado somos nosotros. Nadie tiene un derecho superior al nuestro: no hai poder que pueda escaparse de nuestra censura, de nuestro juicio, de nuestros lejítimos esfuerzos para contenerle, correjirle, i, en caso necesario, castigarle.

Forzoso es insistir sobre este punto, porque habiéndose establecido una confusion de ideas tras una confusion de lenguaje, es mui jeneral la errónea persuasion de que el Estado lo constituye el conjunto de funcionarios de que se compone la Administracion, los cuales no son (i ojalá no lo olvidarán tan a menudo) otra cosa, que los sirvientes asaliarados del público, es decir los nuestros.

Este estado de cosas ha dado oríjen a derechos i a deberes nuevos, que no solo no son practicados, pero ni aun comprendidos lo bastante por la jeneralidad de los católicos. No hai quien enseñe la práctica de esos nuevos deberes, i el medio de conciliarlos con las leyes jenerales de la relijion.

En otro tiempo, el deber político de los cristianos, tal como lo enseñaba i practicaba el clero, era mui sencillo, pues se reducia a obedecer sin reserva ni restriccion todo cuanto mandaba la autoridad real, con tal que no fuese contrario a la lei divina. Mas hoi nosotros hemos reemplazado a la autoridad real del tiempo pasado; sí, nosotros todos los ciudadanos católicos humildemente prosternados delante de Dios i de sus sacerdotes al pié del altar i del confesonario, pero que fuera de allí no tenemos acá en la en la tierra, mas soberano que la lei i una lei que se hace i se deroga por nosotros mismos o por nuestros mandatarios.

En tanto que la lei exista i no esté en pugna con la lei divina, le debemos obediencia, sin lo cual no habria órden posible; pero nosotros tenemos el derecho, el deber, la mision de velar en su ejecucion i de promover su reforma por nuestra accion directa i periódica sobre los que la han hecho i puedan derogarla, siempre que la creamos contraria a nuestros intereses, a nuestros derechos, i, sobre todo, a la lei de Dios i de su Iglesia.

Resulta de aquí que tenemos no solo un derecho sino un deber, un deber estricto i de primer órden. Del mismo modo que todo hombre que vive en sociedad tiene obligacion de soportar sus cargas, así mismo todo aquel que está investido de una parte de soberanía, tiene obligacion en conciencia de ejercer con decision esa parte de autoridad en pro del bien comun, puesto que si el ciudadano es dueño de sacrificar un derecho, no lo es de renunciar a un deber. Todo lo que los oradores cristianos han

predicado a los reyes absolutos, sobre las obligaciones i la responsabilidad del Poder delante de Dios, todo esto es aplicable a nosotros, como depositarios, en virtud de la constitucion i de las leyes, de un poder limitado, pero soberano. Dios ha depositado en nuestras manos una porcion de la soberanía de esta República católica; esta autoridad la tenemos i somos responsables de ella para con nuestos hijos, para con nuestra conciencia i para con Dios. Es evidente que todo padre de familia, todo católico elector, está llamado en esta calidad a juzgar en esta última instancia, la política i la lejislacion de la Nueva Granada. No es ménos evidente que hoi todo ciudadano es elector, que puede ser escritor público ó peticionario, i que, por cualquiera de estos medios, está llamado a obrar sobre sus mandatarios, a invijilar, digo mas, a invalidar o confirmar todos los áctos de los hombres investidos de la autoridad ejecutiva, desde el Presidente hasta el comisario de policía.

Nuestros adversarios han usado i usan todos los dias de esos derechos, de esas facultades. Hasta el presente nosotros los católicos hemos sido los únicos que no hemos sabido ni querido imitarlos. ¿Sucederá esto siempre así? ¿Lo que han hecho contra nosotros, no lo harémos, no contra ellos sino por su propio bien, por el nuestro, por nuestros hijos i por Dios? ¿Lo que ellos han hecho por el mal, no lo haremos nosotros por el bien? ¿Lo que ellos han reclamado i obtenido como un derecho, no lo cumpliremos nosotros como un deber? Dios i la posteridad nos pedirán cuenta severa del uso de nuestro derecho, del cumplimiento de nuestro deber: ¿estamos prontos a dar esta cuenta?

II.

¿Cómo hemos cumplido nuestro deber hasta ahora?

Para decir la verdad, nosotros los católicos, hasta ahora nada hemos hecho, o casí nada, para cumplir los deberes políticos que indudablemente tenemos. Lo que jeneralmente agrada a todos aquellos que tienen la dicha de no estar enrolados en el innumerable ejército de funcionarios, es vituperar al poder, atacarle de léjos, pero de ninguna

manera reformarle, reprimirle, contenerle en sus justos límites, abrigando acaso la esperanza de apoderarse de él algun dia i explotarlo a su turno, i gozando entre tanto del triste consuelo de criticar lo que no tienen ni el valor de combatir, ni la voluntad de mejorar. Muchos católicos participan, como los demás miembros de los partidos políticos, de este gusto depravado; mas para tener el derecho de vituperar i de criticar, el que critica i el que vitupera debe estar él mismo al abrigo de toda reprension.

Acúsase, por ejemplo, a tal lejislador o tal secretario de que no son fieles a los principios de tolerancia que consagra la constitucion, i que oprimen a los católicos; pero ¿han cumplido esos censores sus juramentos de fidelidad a la Iglesia pronunciados en su bautismo, renovados al entrar en la vida cristiana, i siempre i cuando se hace profesion pública de catolicismo? ¿Qué habeis hecho, les preguntarémos, para que los poderes públicos cumplan con la disposicion constitucional que les prohibe toda injerencia en asuntos relijiosos? ¿Qué habeis hecho por el Dios de vuestros padres? ¿que habeis hecho por esa Iglesia a quien escojió por Esposa i a quien os ha dado por Madre? ¿Que uso habeis hecho de ese zelo, de ese valor cuyos jérmenes depositó en vuestros corazones, i cuya ofrenda estima en mas que todos los holocaustos de la tierra? ¿Qué habeis hecho porque se derogue la lei que autoriza el concubinato bajo el nombre de *matrimonio civil?* Dos o tres de entre vosotros han combatido por todos: vosotros habeis permanecido frios espectadores, como si en ello nada os fuera, i habeis vuelto de nuevo a vituperar i censurar, teniendo cuidado, eso sí, de escaparos no digo de todo peligro, sino hasta del menor trabajo, de la menor molestia, del menor sacrificio. ¿Con qué derecho podremos exijir a nuestros adversarios que hagan lo que nosotros no hemos sabido hacer? Ellos, aunque se dicen católicos, no profesan las doctrinas que creemos nosotros ser las verdaderas; si creen a la Iglesia le disputan sus derechos i dudan de su destino inmortal; en suma, ellos se contentan con estudiar i respetar los hechos. Nosotros al contrario, tenemos la estrecha obligacion de hacer todo lo que nos sea humanamente posible en bien de la Iglesia i del prójimo, es decir de la sociedad i del Es-

tado. Estamos estrechamente obligados a consagrar a esta obra la fortuna, los talentos i el tiempo que Dios en la plenitud de su misericordia, se dignó darnos: ¿qué hemos hecho para llenar esta obligacion.

¡Qué! ¿esos políticos cuyos principios relijiosos pugnan abiertamente con los nuestros, tendràn obligacion de ser justos, vijilantes, zelosos por la defensa de nuestra causa; estarán obligados a arrostrar las preocupaciones, a comprometer su influencia i a aventurar su existencia política por nosotros? I ¡nosotros cristianos, nosotros católicos, a nada estaremos obligados! ¡Toca a ellos ser valientes por nosotros, luchar contra las pasiones i las dificultades de toda especie en nuestro favor; i a nosotros solo nos corresponde mirarlos obrar, juzgar de los golpes i no exponernos en nada! Semejante conducta seria la mas cruel de las injusticias, si no fuera la mas ridícula de las ilusiones.

Pero a todo esto el elector católico, el ciudadano católico tal como lo ha formado la educacion política i relijiosa de nuestro tiempo, tiene ya pronta su respuesta, o mas bien una multitud de respuestas. Vedlas aquí.

«Nosotros no estamos en Inglaterra ni en Francia si-
«no en la Nueva Granada; lo que se hace en Europa no
«puede hacerse aquí. Yo no voi a las elecciones porque
«no me han puesto en la lista de los electores, ni he que-
«rido reclamar que me pongan, porque esto me obliga-
«ria a ir a buscar al jurado, que ni sé donde se reune,
«ni lo que tengo que hacer para dirijirle mi reclama-
«cion. Por otra parte ¿qué voi hacer en medio de to-
«dos esas jentes que compran conciencias? Un voto mas
«o menos nada quiere decir. Cabalmente el mes de las
«elecciones es el peor tiempo del año en este pais; tengo
«que irme a pasarlo a otro temperamento con mi mujer i
«mis hijos, porque el de aquí es inaguantable hasta agos-
«to. Todo el mundo sabe que yo no me meto en nada
«de lo que se hace, ni quiero que se acuerden de mi, pa-
«ra nada; lo que quiero es que me dejen trabajar en paz
«i atender a mis negocios. No sé que es lo que quieren
«conmigo. Ya empiezan a chocarme mucho esos ajitado-
«res católicos. Todo esto no es mas que alboroto i en nada
«viene a parar. Además, el mal se cura por su propio exceso.

«I despues de todo, yo necesito un empleo para mi hijo,
»i este empleo es el futuro Presidente quien se lo ha de dar
«i como no sé qué candidato triunfará, vale mas no com-
«prometerme con ninguno, no votando. Yo me quedo
«quieto en mi rincon, ocupándome en mejorar mis tierras,
»en adelantar mi capitalito para dejarles algo a mis pobres
«hijos. Continuamente me están hablando de los debe-
«res de un padre de familia; ¿cuáles son estos deberes?
«yo procuro llenarlos lo mejor que puedo. Yo confieso i
«comulgo no solo una vez al año, sino con mas frecuen-
«cia; ayuno no solo la cuaresma sino hasta las vijilias
«suprimidas, i oigo misa en los dias que ántes eran de pre-
«cepto i ya no lo son, porque hasta en eso se han metido,
«i por eso no quiero mezclarme en nada; yo no doi ningun
«escándalo, me limito a los deberes de mi estado etc.

Esto dice con el corazon frio, el espíritu distraido i la bolsa cuidadosamente cerrada el elector católico, al mismo tiempo que con mano desdeñosa desdobla un periódico mas o mènos relijioso, que suelta bien pronto porque los folletines no son bastante divertidos para distraer su ociosidad.

Insensatos! que no advierten que ese odioso egoismo los constituye en plantas parásitas de la sociedad, gozando de todas las ventajas que ella proporciona, pero extranjeros a todos los derechos, indiferentes a todos los deberes que constituyen la patria.

Vosotros, sinembargo, necesitais imperiosamente de garantías sociales, i abandonais su direccion i empleo a manos extrañas i tal vez hostiles. Si vivierais como solitarios de la Tebaida en grutas, alimentandoos de dátiles silvestres, podria concebirse ese orgulloso desden que ostentais en medio de la sociedad. Pero, por el contrario, vosotros quereis gozar sin que os cueste la menor cooperacion, de todas las comodidades, de todos los refinamientos de la moderna civilizacion: necesitais de policía que vele en la seguridad de vuestras personas i de vuestros intereses: de tribunales que defiendan vuestra propiedad contra los que pretendan arrebatárosla: de caminos para trasportar los frutos de vuestros campos, o las mercaderías que hayais importado del extranjero; todo esto necesitais i de mil cosas mas que componen el complicado mecanismo de nuestra organizacion social i son el objeto de continuos

desvelos de los poderes públicos. I ¿creis vosotros que es permitido gozar en paz de todos estos beneficios sin prestar ayuda? ¿Os creis dispensados de pagar a la sociedad, sean cuales fueren sus majistrados, por precio de tantos bienes, de tantos cuidados, el tributo de vuestra capacidad, de vuestro patriotismo, de vuestra vijilancia, i en caso necesario, hasta de vuestras fatigas i de vuestros peligros? Si así lo creis, vuestra conducta es consecuencia de tan erronca persuasion.

Ah! si esos egoistas, si esa juventud enervada que no tiene de viril mas que la barba: si esos tímidos católicos que miran con indiferencia las desgracias de la Relijion i de la patria: si todos estos se movieran para formar un partido, a buen seguro que la bandera o enseña que escojieran seria aquel *sudarium* de que habla el Evanjelio, ese innoble lienzo en que el siervo inutil i perezoso envolvió los tesoros que su amo le habia confiado para que los adelantara: *De ore tuo te judico, serve nequam.... Et inutilem servum.*

«*Yo cumplo* con las obligaciones de mi estado.» Esto es lo que se oye decir todos los dias a excelentes católicos, a hombres que acaso dan en limosnas dos o trescientos pesos por año i que no contribuirian con diez o doce para sostener un periódico relijioso con su suscricion. Pero, ¿qué diriais, les preguntaria yo, de un criado a quien se le avisara que la casa de su amo se está quemando i respondiera: «A mí qué me importa? yo soi cocinero; mi oficio no es manejar la bomba.» ¿Qué diriais de un pasajero que rehusara ponerse a dar a la bomba cuando el navío está haciendo agua por todas partes, repitiendo siempre: «Ese no es mi oficio, a ver que yo no soi marinero»? Qué responderias a esos cobardes, a esos insensatos? Pues bien, si ese no es vuestro oficio, aprendedlo para salvaros i para salvar a los demas.

Pero a los ciudadanos católicos de la República que hablan así, puede decírseles, ademas: os engañais groseramente si pensais que no es vuestro oficio interesaros en el Gobierno del pais. En tiempos pasados vuestro oficio era solo obedecer; hoi es vijilar el poder, intervenir en su ejercicio.

III.

Qué debemos hacer en adelante?

De las urnas electorales debe salir en el siguiente año el nombre del majistrado que haya de rejir la República durante un período constitucional. Los partidos políticos se ajitan, trabajan en favor de un candidato de sus opiniones, representante de sus principios. Los católicos de buena fé debemos tambien buscar el nuestro o adherirnos a aquel cuyos precedentes en su carrera pùblica nos dé garantías de que profesa i practica los mismos principios que nosotros, o que por lo ménos los acata. Todo el mundo aguarda nuestra intervencion en las próximas elecciones por la relacion que estas deben tener con las del año entrante, i todo el mundo busca nuestro concurso. Mas no debemos fijar nuestra atencion únicamente en la eleccion de la persona que haya de rejir los destinos de la patria como primer majistrado nacional. De suma importancia es, sin duda, esta eleccion; pero no lo son ménos las de los individuos que hayan de ir a ocupar las bancas de los lejisladores. Ellos son los que han de luchar a brazo partido para sostener el combate con los falsos liberales, con los sectarios del filosófismo. Ellos, en fin, los que han de expedir las leyes que han de hacer la felicidad i el engrandecimiento de la Nacion.

Católicos que os lamentais del abatimiento de la relijion, de la moral i de la patria, ¿quereis sériamente poner remedio a estos males?

Id a las elecciones i evidenciad allí por vuestra presencia i vuestra accion, la presencia de un espíritu nuevo, la accion reparadora de un partido de hombres de bien, sin hostilidad sistemática hácia nadie; pero irrevocablemente decidido a hacer valer sus derechos, i por fortuna capaz de obrar la reforma que exije la moral pública, sin trastorno, sin ajitacion, sin que nadie tenga por qué quejarse, sino es aquel partido que, invocando a cada paso la libertad i la tolerancia, solo quiere para nosotros opresion e intolerancia.

¿Deseais sincera i eficazmente conservar el derecho de educar a vuestros hijos del modo que mejor os conven-

ga i que vuestra conciencia os dicte? Deseais sériamente conservar la plena i absoluta posesion de esos hijos que una fantasma ávida, bajo el nombre de *el Estado*, os quiere disputar?

Id a las elecciones, i por precio de vuestos votos exijid a los lejisladores que fueren nombrados con estos mismos votos, que os restituyan las almas de vuestros hijos. Haced ver que los esfuerzos de los dignos prelados de la Iglesia granadina por proporcionar a la juventud una educacion eminentemente moral i eminentemente católica, no quedan sin eco en vuestros corazones, i que esos prelados tienen una retaguardia de padres de familia dispuestos a sostener la plenitud de los derechos de la paternidad.

¿Deseais que la Iglesia conserve la independencia i libertad que lejítimamente le corresponden, para que aun despues de sancionada la absoluta prescindencia del Estado en sus negocios, no sea gobernada, dirijida, reformada no solo por manos legas, sino a veces hostiles?

Id a las elecciones i votad por aquel que reclame i sostenga enérjicamente la libertad que se ha garantizado a todas las relijiones, i de consiguiente a la Católica, i que se oponga decididamente a todas las trabas que pretendan ponerse a su libre ejercicio i desarrollo en nuestro pais.

Para decirlo todo de una vez: ¿quereis rejenerar el honor, la dignidad, la conciencia del pais?

Id, pues, a las elecciones i votad siguiendo los dictados de ese honor, de esa dignidad, de esa conciencia, de que carecen, segun las acusaciones de algunos de entre vosotros, los poderes públicos. Porque es menester que sepais que en tanto que no hubiereis hecho cuanto os es humanamente posible para pesar con todo vuestro peso en la balanza de los destinos de la patria, no tendreis derecho para exhalar la mas mínima queja, ni para dirijir contra nadie la menor reprension, sino es contra vosotros mismos.

La intervencion de nosotros los católicos *primero que todo*, en las elecciones, no debe inspirar alarma a ninguna de las sinceras opiniones políticas que dividen la República. Los hombres de bien de todos los partidos, una vez que estén penetrados de la verdadera naturaleza de nuestras intenciones, aplaudirán nuestra aparicion en la

escena política a donde traeremos una fuerza que a nadie es sistemáticamente hostil i que a todo el mundo puede ser útil.

El lenguaje de que debemos usar con cada uno de los partidos, es de tal naturaleza, que puede ser oído de los demas. He aquí la mejor prueba de nuestra sinceridad.

A los unos diremos: vosotros quereis consolidar i arraigar las instituciones actuales; estais en vuestro derecho; pero ¿podreis indicarnos, en todo el curso de los siglos, un solo gobierno que haya podido afianzarse combatiendo los principios relijiosos, luchando con la Iglesia? Fresca está aun la memoria del mas grande organizador de los tiempos modernos: él tambien quiso luchar con la Iglesia, despues de haberla levantado de entre sus ruinas. ¿Le produjo esta lucha alguna vantaja? ¿le sirvió para consolidar su poder? Sabemos bien que existen Estados poderosos como Rusia e Inglaterra, que fundan la dominacion en la hostilidad sistemática contra la unidad católica; pero no (notadlo bien) contra la relijion de su propio pueblo; por el contrario, esas naciones mantienen, honran i propagan no solo la relijion nacional sino hasta las preocupaciones relijiosas que vivifican la existencia moral de esos pueblos. Puesto que en la Nueva Granada el sentimiento relijioso es exclusivamente católico, encadenar, abatir el principio católico, es abatir i encadenar el principio de órden, de paz, de seguridad, que para todo gobierno es de tan imperiosa necesidad.

A otros les diremos con igual sinceridad: Vosotros deseais instituciones mas liberales, rejenerar el sentimiento moral, realzar la dignidad nacional i de toda la humanidad; i ¡que! pensais que bienes tan preciosos puedan conquistarse i conservarse por hombres no digo sin fé, pero sin respeto por la libertad de los demas?

No; es imposible que semejante ceguedad, que semejante inconsecuencia se prolongue por mas tiempo; si quereis ilustrar i moralizar al pueblo, es menester que os persuadais de que el clero es el elemento mas apropósito para conseguir aquel fin.

No hai mas que un partido al cual nada podremos decir, i este es aquel partido bastardo que no quiere refor-

ma alguna, ni proclamar ningun principio, ni aplaude sentimiento alguno jeneroso i que solo aspira al poder i a los empleos, que no vive mas que de intrigas i de apostasias, que no profesa en materia de lejislacion relijiosa mas que las prohibiciones i la persecucion, ese partido que llamándose apóstol de la libertad, encierra en su seno los enemigos incorrejibles de toda libertad, pero mui especialmsnte de la nuestra. Con semejante partido, hasta que se convierta, no hai intelijencia posible aun cuando sus jefes fueran mañana, por no se que capricho de la fortuna, los árbitros efímeros de nuestros destinos políticos.

No debemos vacilar en conocer i proclamar que el deber del elector católico es indagar i examinar en todo candidato ántes al *hombre,* que al *partido* a que pertenece, porque en el carácter personal, en las tendencias individuales, en los antecedentes conocidos de cada hombre público, es donde podremos encontrar las garantías necesarias. Guardémonos de ser juguete de aquellos que son católicos al tiempo de las elecciones, místicos i devotos a presencia de los sencillos electores de las parroquias rurales i cuya piedad solo se manifiesta en la práctica de algunos actos exteriores de relijion; pero que despues que han conseguido su objeto, se convierten en ciegos instrumentos de nuestros mas encarnizados adversarios, arrojando la máscara con que se habian cubierto para sorprender la sencillez i candor de los electores. Interroguemos con escrupuloso cuidado ántes de dar nuestros votos, esas tendencias, esos precedentes, esos intentos que no les será fácil disimular. Pero sobre todo, lo esencial es uniformar la opinion sobre los candidatos para el Congreso; si nuestros votos se uniforman i no se desparaman, a merced del capricho o del interes individual, sobre diferentes personas, los católicos serán los dueños de las elecciones. Ellos por su número son fuertes, pero débiles por la falta de union.

En resúmen, persuadámos bien de que hasta el último instante del combate electoral, nuestra presencia puede ser útil. La intervencion mas ineficaz ofrece mas probabilidad de suceso que la falta absoluta de toda intervencion. Un esfuerzo, por insignificante que parezca, no

debe omitirse, porque al fin mas vale algo que nada. Es indudable que una eleccion pueden dicidirla tres, dos, i hasta un solo voto; i que el elector o el lejislador así nombrado, puede, gracias a la concurrencia de un solo sufrajio mas, por su voto ùnico, salvarlo o destruirlo todo. En vista de tan gran responsabilidad, ¿qué católico habrá que quiera incurrir en ella rehusando sufragar?

¿Qué exijimos de los católicos? ¿Por ventura las virtudes difíciles que forman los santos i los mártires? No: no les proponemos mas que la simple práctica del buen sentido, del honor, de la obediencia a las leyes naturales de toda sociedad i a las leyes especiales de la sociedad granadina. Nuestra súplica se reduce, a que ejerzan reunidos todos i en conciencia, los derechos que les confiere directamente la Constitucion, i en primer lugar el derecho electoral.

No hemos exajerado los peligros de la Iglesia, no hemos dicho que se la persigue declaradamente, no; nosotros nos hemos limitado a manifestar lo que la experiencia enseña todos dias: que existe una lucha entre el catolicismo i el filosofismo, en la cual el medio para que no peligre el primero, entre nosotros, es el ejercicio sincero i enérjico de nuestros derechos políticos. La gravedad de este peligro ha sido significada i definida en todos tiempos por los doctores i pontífices de la Iglesia. Nosotros repetimos lo que, entre varios, han dicho San Leon Magno al salir de la persecucion de los emperadores, i el venerable Beda en medio de la invasion delos bárbaros. *Uno solo es el nombre de la persecucion, pero no es uno solo el medio por el cual ella se ejerce: no ofrecen mènos peligros sus emboscadas ocultas que sus hostilidades manifiestas.... Hai dos especies de perseguidores: los unos matan con suplicios públicos, los otros con finjidas i engañosas caricias.*

Tampoco hemos exajerado nuestra fuerza, ni nuestra importancia. Gustosos confesamos que somos nada ménos que nada, pero añadimos que si lo queremos eficazmente, seremos algo. Así léjos de jemir sobre nuestra flaqueza, léjos de buscar en plegarias quiméricas, pretestos i escusas mentirosas a nuestra pereza i a nuestra apatía, nosotros declaramos que los católicos tienen a su disposicion, en las elecciones de los diversos òrdenes i en la prensa,

todos los medios necesarios para alcanzar cuanto desean; juzgamos que deberian añadir à su oracion cotidiana, una accion de gracias por las armas con que Dios los ha dotado, i un acto de contriccion por el miserable uso que de ellas han hecho.

Es cierto, en el órden de la fé, que toda alma que quiere salvarse se salvará, i nosotros creemos qué esto mismo ha acaecido respeto a la Iglesia, en el órden de la historia. En donde quiera que ha sido vencida, en donde quiera que ha perecido, en Oriente, en Inglaterra, en Alemania, en los reinos del norte, ella ha perecido por culpa de los suyos, por las prevaricaciones de sus ministros, por la cobardía de sus hijos. En donde quiera que ella desee salvarse, ella se salvará, por la adhesion, por el valor, por el concurso i union de los pontífices, de los sacerdotes, i de los legos.

Hasta ahora, en la vida social i política, *ser católico* ha querido decir vivir extraño a todo, tomarse el ménos trabajo posíble i no hacer otra cosa que confiar en Dios. Hemos comenzado por atender a nuestros intereses, a nuestra familia, a nuestros negocios, a nuestras comodidades i placeres, despues de lo cual, si nos quedaba lugar i proporciones, los hemos dado o rehusado, segun las circunstancias, a la Iglesia, a la verdad, al deber, al honor.

Nosotros pensamos que debe seguirse otro camino; pretendemos que los catòlicos adopten la vieja divisa cristiana, *ayudate i Dios te ayudará*. Decimos que ella es cristiana, i mui cristiana tomada integramente i seriamente aplicada. *Ayúdate*, no mas, es la divisa del orgullo racionalista que únicamente cuenta consigo mismo: *Dios te ayudará* es la divisa de la pereza i del fanatismo que buscan pretestos para huir de los peligros i de los sacrificios; pero *ayúdate i Dios te ayudará* es la verdadera divisa de la fé cristiana, de los hombres emprendedores que creen en el cielo i que saben que para tener lugar allí, es necesario ganarlo. Luchemos pues con perseverancia, animados i sostenidos por el deber i por la fé; allí únicamente está el arsenal de donde tomamos nuestras armas i que nunca se nos arebatará, porque no es dado a nuestros enemigos penetrar en él sin trasformarse al instante en nuestros amigos i auxiliares. Bogotá, 1.º de Julio de 1855.

HELGUERA COLLECTION

PAMPHLETS

NUMBER: P- 2656

AUTHOR: Anonymous.

TITLE: Deberes de los Católicos en las próximas elecciones.

Place of Publication: Bogotá

Publisher: UNK

Date: 1855

Dimensions: 16 5/10 x 11 cms; pp. 1-14.

Condition: Some foxing, but otherwise fair to good. Wrappers may be missing.

General Notes: A call on Catholic voters to support non-Liberal candidates in the coming elections of 1855 for Congress.

Alt

underscore pamphlet

file No.

helguera_p_2656_001 ✓ cover img 001

_002 ✓ 2 + 3

_003 ✓ 4 + 5

_004 ✓ 6 + 7

_005 ✓ 8 + 9

_006 ✓ 10 + 11

_007 ✓ 12 + 13

_008 ✓ 14 + INSIDE BACK COVER

_009 ✓ BACK COVER

_010 ✓ NOTES 1

_011 ✓ NOTES 2 img 011

Free Plain Graph Paper from http://incompetech.com/graphpaper/plain/